

Fernando Baena, Rafael Sánchez-Mateos Paniagua, Daniel Lesmes
(coordinadores)

ESTO ES LO VERDADERO

Este libro acompaña la exposición de la obra de
Fernando Baena y Rafael Sánchez-Mateos Paniagua
ESTO ES LO VERDADERO
(acrílico sobre papel a partir de un montaje fotográfico de Fernando Maselli)
realizada en CRUCE entre el 18 de mayo y el 30 de junio de 2017

ÍNDICE

8	Presentación
10	Rafael SMP y Fernando Baena
12	Jaime Aledo
14	Jorge Alemán
16	Almudena Baeza
18	Eneas Bernal
20	Selina Blasco
22	Fernando Carbonell
24	Jordi Carmona Hurtado
26	Ignacio Castro
28	Miguel Cereceda
30	Jordi Claramonte
32	José Luis Corazón Ardura
34	Javier Duero
36	Pablo España
38	José Luis Espejo
40	Carolina Espinoza Cartes
42	Santiago Eraso
44	Dolo Fernández
46	Olga Fernández López
48	Amador Fernández-Savater
50	Gloria G. Durán
52	Marta G. Franco
54	Anna Gimein
56	Isidro Herrera

58	José Iges
60	Lila Insúa Lintridis
62	María Íñigo
64	Concha Jeréz
66	Emilio Jurado
68	Germán Labrador Méndez
70	Daniel Lesmes
72	Isidro López-Aparicio Pérez
74	Fernando Maselli
76	Alicia Murría
78	Mar Núñez
80	paula, javiera, kendall
82	Ángel Luis Pérez Villén
84	Imma Prieto
86	Julia Ramírez Blanco
88	Jara Rocha
90	Sergio Rubira
92	Tomás Ruiz Rivas
94	Simeón Saiz Ruiz
96	María Salgado
98	Santiago Sierra
100	Alejandro Simón
102	Isidoro Valcárcel Medina
104	Jaime Vallauré
106	Susana Velasco
108	Daniel Villegas

En su materialidad, la Acampadasol estaba hecha fundamentalmente de dos elementos. El reino del cartón estaba en el suelo. Su trama mullida cubría el pavimento de la “plaza dura”, y con sus tonos marrones, era el soporte de la mayor parte de pancartas. Agregándose y solapándose, el cartón cubría las maderas, colgaba de las cuerdas y se acumulaba en las paredes. Sobre su plano color arena, con delimitaciones vagamente geométricas, se desplegaban caligrafías infinitamente variables, superponiéndose en su profusión de mensajes. Y esta peculiar estética reaparecía en las otras acampadas, de Atenas a Nueva York, como los ecos de una canción en otro idioma.

Pero en lo alto, el tejido era lona de obra. A través del sol, ésta proyectaba una atmósfera azulada, que en su espíritu de jaima parecía hablar vocablos prestados: palabras arquitectónicas que venían directamente de las construcciones del desierto, pasadas por el modelo de la primavera árabe y la plaza soñada de Tahrir contemplada en las pantallas de los medios.

Si en el espacio interior componían una sombra cálida, a vista de pájaro las lonas creaban la superficie de un collage o un patchwork. Y a veces, alguna de estas telas también estaba escrita, lanzando un mensaje hacia lo alto, que como las gárgolas parecía hablar hacia un ente superior (quizás una cámara). En realidad, en

la Acampada la superficie estaba entrecortada, y sólo era estable su cambio constante.

Fernando Maselli en su fotomontaje unió las imágenes de distintos días, cosiendo digitalmente las lonas para formar un entramado continuo. Quizás podemos soñar que ese podría haber sido el aspecto de un urbanismo que llevase algunos principios de la Acampada ad infinitum, en continuidad de espacio y de tiempo.

Pero al dividir de nuevo los fragmentos del montaje, Rafael Sánchez Mateos y Fernando Baena restituyen a la imagen sus detalles. Apreciamos mejor a quienes habitan los huecos entre las lonas. Vemos con claridad las invenciones y variaciones: los cambios de color, la aparición de una sombrilla en la ciudad sin playa. A través de la pintura se retrata la experiencia de la plaza de manera elíptica: las figuras aparecen ocasionalmente, semi-ocultas por su propia construcción del espacio.

Años después de la vivencia directa, ésta se retoma como experiencia mediada, con la paradoja de representar la no-representación. De volver a la plaza a través de una labor colaborativa en la pintura, de un acto gratuito y de una contemplación meditativa. Quizás, la colaboración y ese gozo en el hacer que construyó la plaza sea, a fin de cuentas, “lo verdadero”. O al menos, lo que queramos dar por cierto.

